

cipio, visto ó querido ver esa imposibilidad y en no habérsela hecho ver al emperador Napoleón, como lo hicieron el mariscal Forey, el coronel Bressonnet y tantos otros oficiales clarividentes y sinceros: «Sire, se os engaña al haceros esperar una pacificación que no puede lograrse, y una adhesión contra la cual el país entero protesta, hasta cuando parece domeñado. Si queréis vencer la resistencia de México, hay que conquistarlo palmo á palmo; no basta pasear por su territorio columnas móviles en todas direcciones, lanzándolas, llamándolas y volviéndolas á lanzar; es preciso enviar un ejército, un gran ejército, y mantenerlo ahí durante algunos años». En vez de hablar así, Bazaine no cesó de halagar las ilusiones y la confianza de Napoleón, de presentarle siempre, como próxima á consumarse, una pacificación que no avanzaba, de tranquilizarle acerca de la pequeñez del efectivo y de retardar así una resolución que debía haber sido tomada hacía tiempo. Encontrándose en una grata situación, en un bello palacio, rodeado de honores regios, estaba dispuesto de buena fe á creer que todo iba bien para todos, como iba bien para él. Se complacía en la satisfactoria quietud de un egoísmo indolente, dirigiendo su ejército desde la altura en que se encontraba, no ocupándose en hacerse amar por él, en tenerlo bajo su influencia. Era más bien accesible que cordial, nunca afectuoso, é inspiraba la idea de que él mismo era el único objeto de sus preocupaciones. Con respecto á Maximiliano, antes pecó por exceso de condescendencia y sólo tuvo para con él las durezas que se le ordenaron.

No he encontrado ni trazas de embrollos pecuniarios, como se ha insinuado; pero la delicadeza del ejército se sentía, sin duda, herida por la combinación que imponía á la ciudad de México el pago anual á la mariscalda de una suma de sesenta mil francos, para alojar á su marido en un palacio de que era dueño por donativo de Maximiliano.

El ejército, aunque no dudaba de sus aptitudes militares, regresó á Francia siéndole, casi en su totalidad, hostil. Apenas si algunos, como el coronel de Galliffet, se mostraban para con él medio benévolos: «El mariscal, á pesar de sus errores, es aún utilizable, y lo es en excelentes condiciones. Que luego que haya una guerra, el emperador exija que su mujer permanezca en Francia, y volveréis á encontrar en él un grande hombre de

guerra» (1). El mariscal Vaillant, siempre compasivo con sus compañeros de armas, sugirió al emperador la idea de una averiguación oficiosa que pediría Bazaine «para salir de la atmósfera de reprobación en que se encontraba». El emperador aprobó y encargó al mariscal que hablara de ello con Bazaine. Éste aceptó y prometió pedir por escrito la averiguación (2). Pero después de pensarlo bien, se abandonó la idea.

Los ataques de los amigos del imperio dieron margen á los elogios de la oposición. Thiers no hablaba del mariscal sino llamándole. «Nuestro glorioso Bazaine»; Kératry publicó su libro para justificarle; Prévost-Paradol, en el prefacio de ese libro, decía: «Felicitó á mi país por haber encontrado, en el principal y último jefe de esa penosa guerra, un servidor experimentado cuya mano firme y cuya voluntad serena pueden prestar pronto á Francia algún gran servicio».

## XVI (3)

El discurso del trono, al abrirse el período legislativo de 1867, era esperado con impaciencia, porque debía tratar de una multitud de asuntos delicados: entre ellos, de la evacuación de México. A ese respecto, el emperador se expresó en los siguientes términos, después de haber dado cuenta de los últimos acontecimientos políticos europeos: «En otra parte del globo, nos vimos obligados á recurrir á la fuerza para tomar satisfacción de agravios que se nos habían inferido, y tratamos de restablecer un antiguo imperio. Los felices resultados obtenidos desde luego fueron más tarde inútiles á causa de un enojoso concurso de circunstancias. El pensamiento que hizo que se emprendiera la expedición de México era grandioso: regenerar á un pueblo, infundirle ideas de orden y de progreso, abrir á nuestro comercio extensos mercados y dejar, como

1 Carta á Franceschini Pietri, 2 de febrero de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

2 Libro de memorias del mariscal Vaillant, 6 y 7 de abril de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

3 Parágrafo formado como el XI del capítulo I.—NOTA DEL TRADUCTOR.



huella de vuestro paso, el recuerdo de servicios prestados á la civilización. Tal era mi deseo y el vuestro. Pero el día en que la magnitud de nuestros sacrificios me pareció que sobrepasaba á los intereses que nos habían llevado allá, decidí espontáneamente llamar á nuestro cuerpo de ejército. El gobierno de los Estados Unidos comprendió que una actitud poco conciliadora sólo habría servido para prolongar la ocupación y agriar relaciones que, para bien de ambos países, deben seguir siendo amistosas» (1).

1 Este engañoso y reticente fragmento del discurso imperial no dió margen en 1867 á protestas del partido liberal en el seno del Cuerpo legislativo, como había sucedido los años anteriores al discutirse las enmiendas propuestas á la *adresse*, por dos razones: 1.<sup>a</sup>, porque el derecho de *adresse* había sido abolido algunos días antes por el decreto de 5 de febrero, y substituído por el derecho de interpelación otorgado á los diputados; 2.<sup>a</sup>, porque, satisfecho dicho partido con las reformas liberales que Napoleón III había introducido en el regimen imperial y con la evacuación de México, no creyó prudente insistir en censuras extemporáneas. Además, el grupo de los Cinco, que había sido el promotor de las protestas contra la expedición de México, se había definitivamente disuelto, habiéndose Emilio Olliver, desde que se había inaugurado el imperio liberal, adherido abiertamente al gobierno, en el cual, aún antes de ser ministro, tenía una influencia preponderante.—NOTA DEL TRADUCTOR.



## CAPITULO IX.

### El cerro de las Campanas.

#### I (1).

El 1.º de julio, en la solemne distribución de las recompensas otorgadas con motivo de la Exposición Universal de 1867, Napoleón III, que tenía á su derecha al sultán Abdul-Azís, pronunció un discurso que terminaba con las siguientes frases: «Los extranjeros han podido apreciar que esta Francia, antes tan inquieta y que llevaba sus inquietudes más allá de sus fronteras, ahora laboriosa y tranquila, es siempre fecunda en ideas generosas y sabe amoldar su genio á las maravillas más variadas, no dejándose enervar por los goces materiales. Los espíritus observadores deben haber comprendido sin dificultad, que, á pesar del desarrollo de la riqueza, á pesar del esfuerzo hacia el bienestar, nuestra fibra nacional está siempre pronta á vibrar luego que se trata de honor y de patria; pero que esa noble susceptibilidad no puede inspirar temores de que sea turbado el reposo del mundo. Que aquéllos que han vivido entre nosotros algunos instantes vuelvan á su país llevando formada una justa opinión del nuestro; que estén persuadidos de los sentimientos de estimación y de simpatía que abrigamos hacia las naciones extranjeras y de nuestro sincero deseo de vivir en paz con ellas».

Mucho llamó la atención la palidez del semblante y la emoción de la voz del emperador, que contrastaban con la serenidad de sus palabras. Al entrar al palacio del Campo de Marte,

1 Este párrafo forma parte del capítulo de *El Imperio Liberal* que precede al que lleva el título de *El cerro de las Campanas*.—NOTA DEL TRADUCTOR.